

Nacido en Pozoblanco (Córdoba) durante 1984. Recién licenciado en Medicina y Cirugía por la Universidad de Córdoba, inició su andadura como autor con la apertura en Internet de su propio blog (<http://tanaburridocomemivida.blogspot.com/>).

## Francisco Javier Medina Fernández

(Pozoblanco, Córdoba, España)

Tercer Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

### TEMPUS FUGIT

Sonó el despertador. Aquella nueva y potente alarma me taladró literalmente los oídos. Atónito y confuso por un soniquete que aún no me era familiar y que a la postre, por un simple mecanismo de condicionamiento clásico acabaría odiando con ahínco; aún golpeaba la pared tratando de hallar el interruptor de la luz cuando los primeros rayos de sol se colaron por la persiana. Tempus fugit ¿no? Pues aquella pegajosa noche de caluroso septiembre cordobés comprimió siete años de infancia y me vomitó exhausto a la mañana de mi primer día de colegio. En esta ocasión no estaba la polvorienta furgoneta del abuelo Antonio, ni su ruda mano, ni su sonrisa, ni sus palabras flotando en el aire convenciéndome de



lo divertido que sería aquello. Por supuesto tampoco había ni rastro de abigarrados llantos de niños en manos de un maestro, ni caras de angustiadas madres por la imagen, que sin mirar atrás, caminaban deprisa para no llegar tarde al trabajo. Cierto, algunas cosas habían cambiado.

El trayecto en coche fue sustituido por una agradable caminata a través de la tortuosa vereda que cruzaba los jardines de los colegios mayores y que, para mi dicha, desembocaba justo en la puerta de la Facultad de Medicina. El rol de lelo Antonio lo asumí Javi, el chaval con el que había compartido el desayuno esa mañana. Algunas batallillas y leyendas urbanas que habíamos oído acerca de la vida universitaria barrieron el nerviosismo y nos convencieron de cuán geniales serían los años que teníamos por delante. Claro está que tampoco encontré rabiets, sollozos o gimoteos.

¡Por Dios éramos adultos! y, aunque no nos sintiésemos como tales, manejamos la situación evitando que cundiese el pánico. Sí hizo acto de presencia, curiosamente, la misma madre que había quedado grabada en mi retina tiempo atrás. Lucía mucho más ajada que en aquel entonces. Supongo que fue ése el precio que pagó por maquillar la angustia con orgullo. Cierto, algunas cosas habían cambiado, pero en esencia a mí me pareció lo mismo.

Después de unos meses de idénticas idas y venidas llegó la rutina, y de su mano, el devaneo. Así que cada uno de nosotros nos convertimos de alguna forma en hilos. Únicas y particulares hebras que a lo largo de los cinco años restantes se enredarían, anudarían, tensarían e incluso romperían, tejiendo de tal modo el tapiz de lo que sería nuestro paso por

la Facultad. Y sí, tuve que hacer nuevos amigos. En otra época, un taco de cromos de futbolistas repetidos y unos lápices de colores habrían sido más que suficiente para romper el hielo. Años más tarde hasta aquel presente, un mechero y un paquete de cigarrillos se convirtieron en nuestra primera afición en común. Dado que en la Universidad no había cabida para los recreos se hizo difícil hallar el hueco donde aderezar unas risas con tan gustoso vicio. Ante tal dramática situación, combinamos una gestión inteligente de los cambios de hora con una pizca de sinvergonzonería y, haciéndonos los remolones una vez que el profesor ya había entrado en clase, reinventamos aquellos corrillos de patio de colegio.

¡Ecco!, la rueda comenzó a girar. Una hilaza por allí, este color por acá, nudos, nudos y más nudos; lazos, enredos e incluso algún que otro trabón que dejó un hueco en el paño difícil de rellenar. Así, tiempo más tarde, el término "corrillo" dejó de ser apropiado y fue sustituido por peña, pandilla, amigos... Compartíamos tanto que paradójicamente decidí romper con aquello que nos hizo saludarnos una primera vez; el tabaco. De esta suerte, una aburrida tarde de noviembre entre el espejo, mi propio reflejo y el tufo de una agónica colilla, tuve nuevamente la sensación de volver a nacer.

Casi sin darme cuenta regresé al instituto. A sus interminables ratos bebiendo cerveza en el césped cuando un profesor se ausentaba; al sentimiento de culpa de esquivar más de una clase; a improvisadas pachangas futboleras, a guateques en la casa del menos pintado, a fiestas de fin, mitad y final de curso; a los millones de pretextos que alegábamos para juntarnos. En definitiva, volvimos a sentirnos adolescentes. Más vivos, hambrientos, alocados y rebeldes que nunca. Más de lo que jamás lo



fuimos y probablemente más de lo que nunca volveríamos a serlo. Insensato, disparatado, irreflexivo, descuidado, impetuoso y atolondrado; adolescente a fin de cuentas, mi morosa vida amorosa fue satíricamente titulada por los más burlones miembros de mi entorno como Diario de una quinceañera. En él quedaron registrados capítulos de amor y odio, de moras negras y montón de moras verdes que decolorasen las manchas que dejaron las primeras; de llantos, risas, mensajes en clave, besos robados, regalados e inclusive achuchones que por más empeño que pongo no logro recordar. De todo ello aprendí que no hay herida tan profunda que no cure jamás, ni tan insignificante que no deje cicatriz.

Es obvio que no era el mismo césped, ni el mismo profesor, ni el mismo local de juergas, ni las mismas pretendientas, ni la misma música. Cierto, algunas cosas habían cambiado, pero en esencia a mí me pareció lo mismo. Este magma de novedad y deleite universitario, no obstante y como no podía ser de otra forma, a menudo se vio enfriado por el legítimo propósito de la Facultad; el universo académico. A la sucesión de horas, días y meses se superpusieron clases, seminarios, prácticas, interminables horas en la biblioteca y muchos, muchos exámenes. Acorde con otra de mis regresiones hube de volver a vestir uniforme. Una novedad al respecto fue la especial atención que dediqué a no salpicarlo, pues esa flamante bata blanca adornada con mis iniciales en el bolsillo, no sería tan condescendiente con la suciedad como lo fue el jersey de pico azul marino. Hube incluso de mejorar mi pericia recortando, coloreando y pegando un desmesurado atlas anatómico por planos de disección que apenas consultaría en una o dos ocasiones. Tal mezquino hábito me acarreó algún merecido suspenso y por unos instantes, la cumbre se llenó de nubes. Una dosis de imaginación y copiosas tazas de brío me mantuvieron en la vertical.

Tanto afán por coronar hubiese resultado extenuante de no haber sido por las numerosas mesetas y un par de menciones honoríficas que recibí entre tanto. Y allí me encontraba yo. Luchando contra la gravedad. Fatigado y sudoroso; y a diferencia de lo que se pudiese pensar, justo donde siempre deseé estar. Como ya comenté al principio, decidirlo fue tan fácil como marcar la casilla. No fue cuestión de escoger qué quería ser de mayor sino más bien de perseguir un anhelo. Hoy me he graduado. Hoy me he embriagado de la incomparable sensación que despierta la consecución de un sueño. Hoy por suerte, aún me quedan muchos más en el petate. Hoy diviso el mañana desde la cima consciente del inapetente descenso que me aguarda y, por más que aburrido y tedioso sea, jamás pensaré que cualquier tiempo pasado fue mejor, porque al fin y al cabo, cualquier tiempo pasado un día fue futuro. Lo llaman graduarse. Quién sabe, quizá lo llame volver a nacer...